

Hojitas de Fe

Mi vivir es Cristo

341

3. Fiestas del Señor

Carta del Cardenal Giuseppe Sarto sobre la Cuaresma

Teniendo como deber, por exigencias de mi ministerio apostólico, exhortar a todos a observar puntualmente el cumplimiento de la santa Cuaresma, y de esta forma poder recibir dignamente a Jesucristo en la solemnidad pascual, se abren mis labios espontáneamente con las palabras con que la Sagrada Liturgia inicia este tiempo de retiro, ayuno y oración:

«Dejando atrás el tiempo pasado en la somnolencia y en la ociosidad, levantémonos con presteza de nuestro sueño y, puesto el cilicio, cubrámonos de ceniza, y con ayunos y llantos invoquemos al Señor; haciendo penitencia para enmendar los malos que por ignorancia o malicia hayamos cometido».

Y aunque esta exhortación a la penitencia asuste demasiado al espíritu del mundo, entremos nosotros en el espíritu de la Iglesia que, como Madre benigna, ha mitigado todas estas prácticas santas, y recordemos al menos las palabras de San Pedro dirigidas a los cristianos de su tiempo: «*Sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, da vueltas a vuestro alrededor, buscando a quién devorar: resistidle fuertes en la fe*» (I Ped. 5,8-9); pues, practicando estos santos consejos, la santa Cuaresma será indudablemente un tiempo aceptable, un tiempo de salvación.

1º Necesidad de la penitencia.

La recta razón y la fe nos manifiestan conjuntamente esta verdad: que en el mismo momento en que, en el paraíso terrenal, se rompió la amistad con Dios, se suscitó dentro de nosotros la concupiscencia, incentivo y alimento de las más escondidas pasiones, germen de los vicios y causa fatal de la guerra entablada entre la carne y el espíritu, y que San Pablo describe con magistrales trazos y elocuentes palabras cuando dice: «*Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, mas llevo otra ley en mis miembros opuesta a la ley del espíritu, que me hace esclavo de la ley del pecado. ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*» (Rom. 7,22-24).

El único remedio para obtener esta liberación es combatir en nosotros mismos esa raíz que es la causa principal de nuestros vicios y pasiones; y como nuestro gran enemigo es la carne, habrá que humillarla para reconducirla a su verdadero

fin, y para que mediante esta humillación adquiera una vida más vigorosa en perfecta armonía con el espíritu.

2º Templanza corporal.

¿Cómo llevar a cabo este portento? Ante todo, por la penitencia, la abnegación del propio yo, el abandono del mundo, las mortificaciones y la cruz. Mas si para algunos parece muy exigente imponerse estos sacrificios, que al menos intenten poner en práctica aquellas virtudes ya valoradas (aunque sólo desde un punto de vista natural) entre los mismos paganos, tales como la templanza, que regula el uso de las cosas puestas a nuestro servicio y que afectan nuestros sentidos, sin prohibirse los placeres legítimos, pero obligándose a ponerlos en conformidad con la razón y la santa ley de Dios.

En la Sagrada Escritura estas virtudes vienen plasmadas: • en la abstinencia, que modera el uso de los alimentos; • en la sobriedad, que aleja del exceso en el consumo de las bebidas alcohólicas; • en la castidad, que lleva a sus justos términos, dentro del deber, la inclinación carnal; • en el pudor, que nos defiende contra todo lo que sea capaz de dañar la pureza; • en la humildad, que nos lleva a referir a Dios todo el bien que podamos hacer; • y en la dulzura, que mantiene el alma serena en la tranquilidad.

3º Templanza espiritual.

Mas estando el hombre compuesto de cuerpo y espíritu, a la templanza de tipo corporal hay que añadirle la templanza espiritual, que es más amplia y resulta más dificultosa, pero que es absolutamente indispensable para resistir a ciertos impulsos, cortar ciertos afectos o poner orden en determinadas inclinaciones.

La templanza modera el uso de las cosas de la tierra, nos pone en guardia en cuanto a la vestimenta, el amor de los placeres, el deseo de saberlo todo, y respecto a los espectáculos, amistades, modas y demás aspectos de la vida.

La templanza no concuerda bien con el espíritu de impaciencia que trae consigo la discordia, e igualmente con el rechazo de una determinada persona, que el espíritu de templanza reemplaza por actitudes de dulzura, de amor, de buena voluntad, dedicándose a actuar con corazón sincero y generoso.

Con la templanza se logra desarrigar también cualquier afecto desordenado, como el que a veces ciertos padres sienten por sus hijos, queriendo poseerlos exclusivamente; desarrigar también los conatos de envidia por los que no toleramos a los demás, o nos alegramos por el mal ajeno; desarrigar nuestro orgullo que domina tal vez nuestros pensamientos, haciendo inflexibles nuestras decisiones, o no soportando ningún consejo o parecer por parte de los demás.

El camino y medio más seguro para que no nos dominen las pasiones es el de conservar la templanza y no dejarnos sorprender, según nos lo recomienda el Apóstol al decirnos que nos mantengamos en vela frente al enemigo: «Estad en vela, porque el diablo, vuestro adversario, da vueltas en torno vuestro buscando a quién devorar» (I Ped. 5 8). Y es que todo lo que nos rodea puede ser nuestro

enemigo; nuestra propia persona, nuestra propia casa, lo más cercano a nosotros, puede ser nuestro adversario más encarnizado, por serlo nuestra propia carne, que alimenta nuestras pasiones y deseos, y hasta la muerte hace una guerra sin tregua contra el espíritu.

Amadísimos hijos, por lo que mira al ayuno y la abstinencia, no olvidéis que un cuerpo demasiado bien alimentado es enemigo de lo espiritual. Cuidad vuestra mirada, pues por los ojos entran en la mente las funestas imaginaciones y en el corazón los afectos perversos. Preservad los oídos, ya que por ellos el espíritu puede verse atrapado en sugerencias maliciosas. Prestad igualmente mucha atención a la lengua, pues quien mucho habla no estará exento de culpa.

Si sentimos una inclinación especial por una determinada persona, no bajemos la guardia, pues aunque al principio parezca inocente el afecto, puede desviarse y atentar contra la castidad. Tanto en el trato como en las expresiones, seamos puros y moderados. Y aunque se diga que ciertos espectáculos y lecturas no son peligrosos, recordad que la serpiente maligna suele ocultarse en todas partes, y que aun en el aire que se respira puede haber un veneno mortal.

Tened en cuenta que una simple antipatía hacia algunos de vuestros hermanos puede convertirse en poco tiempo en una abierta enemistad. En cuanto a los bienes materiales, estad atentos a que un excesivo cuidado de los mismos no acabe en dañina avaricia.

No olvidemos nunca que nuestro adversario, que se esconde para atacarnos, no nos presenta el mal desde el primer momento, sino que empieza proponiéndonos algún bien, para llevarnos poco a poco a un espíritu de tibieza en el servicio de Dios, y hundirnos luego en la disipación y la ruina o apatía.

4º Firmeza en la verdad.

Si hay un tiempo en el cual debamos estar especialmente vigilantes, es en nuestros días, en que el mundo, llevado por un espíritu diabólico, favorece y respalda todos los perversos planes dirigidos contra la Iglesia, a fin de provocar sentimientos antirreligiosos y disminuir el prestigio y reputación de los hombres que la gobernan. Por eso concluimos con el Apóstol: «*Resistid firmes en la fe»* (I Ped. 5º).

Permaneced firmes en la verdad que se encuentra substancialmente en Jesucristo, a quien Dios Padre ha constituido Piedra angular en la edificación de la nueva Jerusalén, que es la Iglesia católica. Fuente de gracia para los que son fieles, esta Piedra misteriosa se convierte sin embargo en Piedra de escándalo y de ruina para todos los que pretenden edificar sin ponerla como base en sus sistemas.

Estad alertas, queridísimos hijos, y mantened viva la fe. Guardaos de sus enemigos declarados, que saliendo del silencio y anonimato, se esfuerzan hoy con banderas desplegadas por arrebatar al pueblo su joya más valiosa: la fe. Para ello, con sutiles artimañas, intentan socavar la autoridad de la Iglesia y de sus ministros, denunciándolos como perturbadores, haciéndolos blanco de todas las sospechas, y protestando que su intención no es la de combatir la religión, sino únicamente liberarla de los abusos que se han introducido.

Resistid firmes en la fe a aquellos mismos cristianos que, conociendo sólo superficialmente la ciencia sagrada, y practicándola menos aún, pretenden erigirse a sí mismo en maestros, afirmando que la Iglesia debe adaptarse a las exigencias de los tiempos modernos, sacrificando para ello algún punto de la integridad de sus santas leyes; o sosteniendo erróneamente que el derecho público cristiano debe asumir los grandes principios de la era moderna, y que la misma moral evangélica, demasiado severa, debe adaptarse a estas nuevas normas más complacientes y acomodaticias; o pretendiendo, finalmente, que la disciplina eclesiástica prescinda de todas aquellas de sus prescripciones que resultan molestas a la naturaleza humana, para abrir paso al progreso de la ley en la libertad y amor.

Resistid firmes en la fe a todos aquellos que pretenden dirigir y guiar a la Iglesia en provecho de sus propios intereses y decisiones, juzgando sus enseñanzas e impidiendo sus censuras y condenas, todo lo cual constituye un enorme pecado de soberbia; y para no ser víctimas de su gran castigo, tengamos el valor de luchar en nuestra sociedad contra todos estos enemigos, descubriendo la malicia de sus ideas perniciosas y haciendo frente al terror de sus maquinaciones o desafiando sus ironías o insultos.

Resistid fuertes en la fe, vosotros que os gloriáis del nombre de católicos, sobre todo para no dejaros seducir por los falsos apóstoles que, como Satanás, se disfrazan de ángeles de luz, y en virtud de una caridad fingida y con un corazón hipócrita, aceptan las máximas que poco a poco llevan a la Iglesia a una situación de enfermedad y de males mortales. Aunque es cierto que ciertos triunfos de la moderna iniquidad pueden escandalizarnos y poner a prueba nuestra fe en la Providencia, la fuerza misma de los acontecimientos va serenando la inquietud de la fe.

Las Sagradas Escrituras así nos advierten: «¡Ay de los que llaman bien al mal, que de la luz hacen tinieblas y de las tinieblas luz, y dan lo amargo por dulce y lo dulce por amargo! ¡Ay de los que son sabios a sus ojos, y son prudentes delante de sí mismos! ¡Ay de los que son valientes para beber vino, y fuertes para mezclar licores; de los que por soborno hacen prevalecer al impío sobre el justo, y quitan al justo lo que se le debe!» (Is. 5 20-23).

¡Cómo estos pasajes esclarecen los acontecimientos que contemplamos hoy en la Iglesia! Meditémoslos, queridísimos hijos, y aceptemos todo lo que sucede como una prueba y una expiación; convirtámonos al Señor y respondamos con prontitud a la paternal llamada de su misericordia. Que estos días de la Santa Cuaresma sean para nosotros verdaderos días de propiciación, y así podamos encontrarnos algo más dignos para celebrar con Nuestro Señor Jesucristo la gloriosa Pascua de Resurrección.

CARDENAL GIUSEPPE SARTO,
Patriarca de Venecia, 17 de febrero de 1895.